

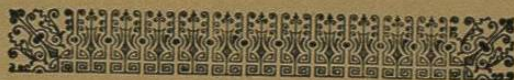
FRANCISCO VILLAESPESA

brazos; erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

Él, aterrorizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.



Lais, á la sombra de un rosal, acariciaba voluptuosamente los vértices de su seno contra la piel sedosa y tibia, casi viva, de una pantera.

Con las aletas de la fina nariz dilatadas, como para aspirar mejor su propia lujuria, sonreía, humedeciendo la quemadura roja de los labios con la vivacidad de su lengua de serpiente, acostumbrada al sabor acre de los besos sangrientos.

Las rosas parecían crepitar de fiebre en el

FRANCISCO VILLAESPESA

hervor del sol, y en torno de los cálices el zumbido de las abejas tenía la turbadora inquietud de un amodorramiento.

A lo lejos, en la paz tórrida de los viñedos, adormecida por la distancia, desfallecía la voz de una flauta, bajo la pereza perfumada y cálida de aquel mediodía estival.

Las cigarras envenenaban el aire con el opio de su sopor somnoliento y pesado.

La cortesana agonizaba bajo la tenaz voracidad de un deseo único.

Su torso se contrajo en un encorvamiento de felino; los senos se plegaron sobre la piel, y por los anchos flancos estremecidos y á lo largo de sus piernas ágiles y egregias, pasaron en un temblor tumultuoso de muerte las últimas convulsiones del deseo.

El sol, filtrándose por los rosales, leonaba con

ZARZA FLORIDA

manchas de luz la albura unánime de su desnudez estatuaria.

Hubo una pausa de agotamiento y de reposo.

La carne insaciable de la cortesana pedía besos sobrehumanos. Bajo la herrumbre de oro de las axilas, se dibujaba sobre la piel la curva rosada de los senos.

Toda una vida de voluptuosidad surgía de las profundidades de su memoria, como una alegre fuga de bacantes ebrias escapadas de brazos infatigables y faunescos.

A los doce años, siendo esclava de Pompilio, se dejó violar por un vendimiador á la sombra de los pámpanos lujuriantes.

Recorría aún su carne aquel primer estremecimiento.

Tembló de espanto, hasta cerrar los ojos, al sentir en los senos aquellas manos velludas y

FRANCISCO VILLAESPESA

pegajosas que exhalaban un agrio olor á mosto.

Cayó de espaldas bajo el resoplido fatigoso y cálido del sátiro, violentada su carne por un desgarramiento doloroso.

Después, algo así como si unos labios voraces absorbiesen toda su sangre, hasta dejarla exhausta, bañada en un sudor frío, sin fuerzas ni aun para entreabrir los párpados.

Luego, su encuentro con Dyonisios. La noche en que, presa de una viva inquietud, llamó á su cámara y conoció entre sus brazos todas las turbulencias del deseo.

Al recordarlo ahora, su sangre hervía con tal violencia, que sobre la blanca epidermis se esculpía nítidamente el azuloso relieve de las venas.

Y por último, aquella inconcebible fuga del amado... El despertar zozobante, como si un

ZARZA FLORIDA

presentimiento le arrastrara... Descalza, apagando en la frialdad del mosaico el ardor de los pies, empujó la puerta, y á la luz grisácea del alba halló la estancia desierta y el lecho intacto.

Recorrió toda la casa, llamándole hasta enronquecer, mesándose los cabellos y golpeándose el pecho como una furia de tragedia.

Y así pasó días y meses, á solas con su locura, interrogando inútilmente al destino.

Mandó cuadrillas de esclavos en su busca, y al regresar, después de varios días, tostados por el sol, ensangrentados por las largas jornadas á través de caminos pedregosos, como no trajeran noticias del fugitivo, les mandó crucificar. Y sus gritos de angustia y de desesperación se mezclaron con los ayes y las contorsiones de agonía de aquellos desdichados.

FRANCISCO VILLAESPESA

En vano pidió la protección de los dioses.

Sobre el altar de Afrodita humearon inútilmente las más valiosas ofrendas votivas.

Creyéndole muerto, le mandó hacer fastuosos funerales, y cientos de plañideras se desgañitaron en torno de un túmulo digno por su riqueza y su grandiosidad de encerrar las cenizas de Mausoleo.

Al fin, tuvo que buscar en el aturdimiento de los festines el olvido momentáneo de su dolor.

Sus flancos ágiles y robustos soportaron el ímpetu de millares de machos vigorosos. Atenienses de rostro de niños; latinos que palidecían entre sus brazos, hombres rubios del Norte, cuyo abrazo supremo le hacía crujir los huesos, y marineros que la descoyuntaban queriendo saciar en unas cuantas horas las forzosas abstinencias de las largas travesías.

ZARZA FLORIDA

Era, sin duda, la más bella mujer de Atenas.

Los que la habían poseído la comparaban á Afrodita, y no volvían á envidiar á Anquises, amante de la diosa.

Los mercaderes asiáticos abandonaban en sus manos las púrpuras más bellas y las gemas más preciosas. Y delante del umbral de su casa ardieron constantemente dos braseros de incienso.

Un día, ciega, bajó á la ergástula y se entregó á todos los esclavos.

Cuando la dejaron exánime, rendida sobre el pavimento, los mandó arrojar vivos á las piscinas para alimentar á sus morenas.

El recuerdo de Dyonisios le enloquecía.

Lo llevaba grabado á fuego en su carne y en su alma.

FRANCISCO VILLAESPESA

Lo veía en sueños, reconociéndole en el ardor insaciable de sus caricias, en la languidez extenuante de sus besos febriles.

Y muchas noches despertó entre los brazos de sus amantes de unas horas, llamándole con los más dulces nombres.

Era una obsesión perpetua de su carne y de su alma, que le hacía á veces recluirse en el silencio de su cámara, para entregarse á su recuerdo en el sueño con la misma impetuosa vehemencia con que se había entregado á sus lujurias en la realidad.

Y surgía de estas soledades aún más extenuada y ojerosa que después de varias noches de orgía.

En vano los espejos de plata bruñida que le presentaban diariamente sus esclavas al vestirla, le hacían ver los estragos que aquel duro

ZARZA FLORIDA

amor inexorable iba dejando en su rostro y en su cuerpo.

Aquella inmolación de su propia belleza le parecía aún poco en holocausto del desaparecido.

Entre todos los hombres que la frecuentaron, no encontró uno sólo digno de suplantarle.

Los hallaba ó demasiado débiles ó brutalmente groseros, incapaces por lo tanto de apagar la sed infinita de amores que le consumía.

En vano apuró los más extraños filtros preparados por viejas Circes.

Las palabras de Dionisios le perseguían aun en medio de los aturdimientos del placer, irri-tándola y exasperándola como un enjambre de abejas coléricas y hostigadas.

El eco de aquella voz inefable le sentía correr por sus venas, dilatándose á través de su

FRANCISCO VILLAESPESA

sangre y abrasándola toda en un anhelo imposible.

Los rosales del jardín se marchitaron y volvieron á florecer tres años seguidos sobre su dolor.

Y el cristal de las fuentes tembló bajo la amargura de sus lágrimas.

Fué á consultar con una hechicera de Tesalia.

Aquel antro removido y húmedo, como una tumba recién abierta, heló su sangre, paralizando todos sus miembros en un estupor de hielo.

En el fondo, al resplandor sangriento y humeante de cuatro teas de resina, el cuerpo sarmentoso de la vieja se retorció en las torturadas espirales de su locura epiléptica.

La boca desdentada contraíase en el furor de las imprecaciones, y su mano esquelética tra-

ZARZA FLORIDA

zaba extraños signos con un caduceo al que se enroscaban dos negras serpientes.

Sobre un trípode de barro se consumían, chiriando, entre las ascuas mortecinas, las entrañas de un cuervo.

Un hedor punzante y grasiento á vísceras quemadas adensaba la pesadez del aire.

En la obscuridad agorera aleteaban sombras de murciélagos y relucían, á veces, como carbunclos, las pupilas fatídicas de los buhos.

Lais sentíase temblar de pavor hasta en la raíz de los cabellos.

La vieja continuaba descoyuntándose en el vértigo de una danza macabra, lanzando de vez en cuando guturales palabras incoherentes.

De súbito quedóse inmóvil, recostada sobre el muro del fondo.

Las dos serpientes, desenrollándose del ca-

FRANCISCO VILLAESPESA

duceo, se enroscaron en sus brazos, alargando las achatadas cabezas hasta introducir sus lenguas triangulares en los oídos de la hechicera.

Una ráfaga de viento apagó las teas, aventando las cenizas del trípode.

Y una voz sobrehumana resonó en la obscuridad.

Parecía la voz de la sombra misma:

—Dyonisios vive. Le veo á lo lejos, de rodillas sobre un alto peñasco, orando á un Dios que no es nuestro...

Lais no pudo saber más. Pero fué lo bastante para que una terca esperanza llenase de inquietud y de impaciencia sus horas,

Poco después, un esclavo judío aseguró haber oído el nombre de su señor en un agape de cristianos.

ZARZA FLORIDA

Entonces Lais comisionó á dos siervos para que indagasen su paradero, ávida de arrancarle de manos de aquellos hombres torvos que, á decir del vulgo, profanaban las sepulturas, violaban las estatuas de los dioses y celebraban monstruosos festines nocturnos, inmolando niños y doncellas para aplacar con su sangre inocente las terribles cóleras de su Dios implacable...

De pronto resonó en el jardín un tumulto de voces y de pasos precipitados. Y abriéndose camino á través de los rosales, dos esclavos cayeron de rodillas á los pies de Lais, agitando en sus manos el ramo de oliva de las buenas nuevas.

—¡Alégrate, hija de Venus! Dyonisios vive. Las Parcas tejen aun su vida. Un penitente cristiano, á quien hallamos orando, al salir el

FRANCISCO VILLAESPESA

sol, en la falda de un monte, nos dió noticias suyas. En el fondo de un valle, entre matorrales agrestes, hace tres años que vive recluso un solitario, cuyas señas coinciden con las de nuestro señor.

Lais no quiso saber más.

En la exaltación plena de su alegría, estuvo á punto de echarse en brazos de los siervos.

Se alzó rápidamente; mas doblada por lo intenso de aquella amoción inesperada, perdió las fuerzas y tuvo que apoyarse, para no caer, en el rugoso tronco del rosal centenario. Y así, desnuda, bajo la luz gloriosa, semejaba una floreal estatua de Venus, cincelada en mármol rosa por el capricho de algún escultor insigne, que quiso ponerla como custodia del arbusto consagrado á su culto.

Algunos pétalos, agostados por el sol, des-

ZARZA FLORIDA

prendieron sobre ella, enredándose en el oro enmarañado de sus cabellos.

Sobre el tritón de púrpura de la fuente, un pavo real, extendiendo las sedas tornasoles de su cauda, atronó el silencio con la salvaje estridencia de sus alaridos.

Enmudecieron asustadas las cigarras, y hubo un momento en que sólo se sintió el palpar del silencio en los temblores de las aguas y en el estremecimiento cálido de la brisa.

Sobre la frente de Lais revoloteó una paloma, como si la trajese un mensaje de la Diosa.

Lais, sonriente, crédula del augurio, la vió alejarse en el azul, siguiendo con los ojos las sombras que su vuelo proyectaba sobre los rosales.